

EN BLANCO

Por Franco Felice

Desde muy chico me gusta mucho salir a caminar. Casi siempre lejos de mi casa. Tomarme el tren o el colectivo hasta zonas que solamente ubico por nombre y empezar a caminar. Combinar líneas y jugar a estar perdido. Siempre que tengo un día con varias horas libres lo hago. Vivo en zona sur, así que en estas travesías suelo terminar bastante alejado, por lo general zona norte o zona oeste, e incluso he llegado a La Plata, previa escala improvisada por City Bell o Gonnet. Más de una vez terminé perdido y me vi obligado a preguntar, ya que trato de no recurrir al celular para buscar direcciones a la hora de volver, qué bondi o tren me alcanza hasta Constitución o Retiro. A veces siento que estoy cruzando un límite o jugando con mi seguridad cuando me aventuro muy al fondo de las calles y llego a lugares que parecen ser olvidados por los municipios o donde no veo pasar colectivos, y ahí es cuando finalmente digo las palabras mágicas: estoy perdido.

Puede ser una calle despoblada, una vía de tren abandonada o un sendero lleno de árboles: cualquiera de estas fachadas me hace sentir perdido. Que estoy alejado de la ruta imaginaria que improvisé mientras caminaba, sin saber bien en qué localidad me encuentro, nomás dejándome llevar por el impulso de conocer otras esquinas que no sean las que frecuento. Un poco de angustia. Sin embargo, nada me hace sentir más perdido que pasar frente a un paredón. Perdido y solo. Esos paredones que ocupan toda la pared de una calle, interrumpiendo la fila de puertas y ventanas pertenecientes a casa o negocios. Nada. Pared en blanco. Quizás algunos graffitis. Un lienzo de ciento cincuenta metros. Cada vez que paso frente a uno de esos rectángulos corroídos por la lluvia, la pintura, el pis o el tiempo mismo, me siento solo. No sé bien porqué, todavía no le encontré una explicación, pero me inclino a pensar que debo sentir una suerte de sensación de desnudez: me encuentro solo, sin saber en qué barrio estoy, sin saber cómo llegué o cómo me voy a ir, mirando una pared en blanco, sin ningún enunciado más allá de alguna fórmula política que se perdió en el tiempo. Esa pared me mira y yo no sé porqué le devuelvo el gesto si es que no me está ofreciendo nada más que dudas y la certeza del desvío. Caigo en la realidad de que la pared está tan blanca y tan desnuda como mi sentido de pertenencia en ese preciso momento, tan virgen como mi sentido de orientación en el momento exacto en el que me declaro perdido pensando en algún tren que vaya para el sur.

Una vez estaba en Gonnet, a casi 50 kilómetros de mi casa, intentando ubicarme para llegar a la estación de tren que me devuelva a mi cama. Pero había un inconveniente: era casi todo campo y me costaba establecer puntos de referencia. No conozco Gonnet para asegurar que la mayor parte es así, pero la zona que me tocó a mí era casi pura y exclusivamente rural. En un momento pasé por la puerta de lo que parecía una iglesia y me crucé a un señor muy viejo, sentado en la puerta. Pensé un segundo y como para mí la vejez es sinónimo de sabiduría, supuse que me podría ayudar a ubicarme. Al fin y al cabo, lo necesitaba: ya empezaba a oscurecer y yo no sabía en dónde carajo estaba. Me acerqué.

-Disculpe, señor ¿Me podría decir cómo llegar a la estación de tren?

Me explicó y le agradecí. Cuando me estaba yendo me ataja y me pregunta:

- No sos de acá, ¿no? -dijo, con una mirada que evidenciaba que ya sabía la respuesta.

-No -dije mientras apuraba el paso.

-Se nota -dijo despacio.

Cuando llegué a la estación todavía faltaba que salga un tren, así que respiré aliviado. Saqué boleto y me senté a esperar. Mientras pensaba en mi reciente y desafortunada odisea y en cómo un viejo con olor a meo me había explicado cómo llegar. Un viejo que encontré en la puerta de una iglesia, como si fuera Dios o algo así. Pensé en esa gente que entra semanalmente a las iglesias a buscar el perdón o un camino para sus vidas. Mi expedición había sido más sencilla: nomás necesitaba saber dónde estaba la estación de trenes.

El tren llegó y me subí. El paisaje rural iba quedando atrás. A lo lejos, las hectáreas de campo se iban transformando en autopistas o edificios, brazos mecánicos que urbanizaban todo el panorama. Me di cuenta, también, que en aquél paseo no había visto ni una sola pared en blanco que me haya hecho sentir perdido. Quizás siempre estuve equivocado y las paredes en realidad eran señales de que ya iba a llegar a destino, como algo diciéndome que me quede tranquilo, que ya faltaba poco. Quizás eran una suerte de consuelo que siempre confundí con algo desolador, con algo malo. Esta vez no había sido así. No había visto ninguna. Sin esas paredes en blanco, sin esos enormes lienzos, no supe hasta tarde que estaba perdido. Dentro de toda la angustia que siempre me había infundado, me di cuenta que me hacían falta, las necesitaba para mirarlas y saber que estaba perdido y que en algún momento iba a estar a salvo. Eran parte de la historia de mis paseos, me guste o no. La situación no estaba completa si yo no

contemplaba alguna en medio de una caminata errante. Tenían que estar ahí, para completar el círculo. El bien y el mal. El yin del yan. El equilibrio natural.

Ahora cuando salgo sigo buscándolas. Las prefiero antes que a cualquier viejo sabio.